

Había una vez una muchachita*

Tengo en la palma de la mano esta vida sencilla y limpia como esas piedrecitas de los arroyos frecuentados solo por insectos y animalillos silvestres.

* * *

Hacia dos horas que remontábamos el río San Carlos, cuando los perros que iban por tierra comenzaron a ladrar furiosos entre el gamalotal de la ribera.

—Es tepescuinte —dijo uno.

—Ah, no, eso no es tepescuinte —repuso Rafael el mandador de la finca—, eso es otra cosa.

Aulló un perro con dolor, y lo que era, huyó perseguido. Las ondulaciones del zacate nos indicaban la dirección de los animales.

Se arribó el bote a la orilla y tres de los hombres saltaron a tierra con sus rifles. Escalaron ágiles el paredón y se internaron rápidos. Los perros ladraban desesperados no muy lejos.

Oímos un tiro y luego otro y otro, y diez minutos después aparecieron los cazadores con su presa.

Traían la cara de triunfo que toma la gente cuando acaba de hacer una víctima.

—¡Es un tigre! —exclamamos los que nos habíamos quedado.

—No, es un manigordo —objetó alguien.

—Le digo que es tigre —replicó Rafael, uno de los cazadores, quien veía en la objeción, menoscabo para su hazaña—. Basta verle las pintas.

—Pero está cachorro —criticó uno.

* De *Las fantasías de Juan Silvestre*.

—Ya no tanto —contestó otro de los cazadores.

Entretanto, la fiera herida agonizaba en el fondo del bote.

¡Cuánto dolor expresaba la mueca que contraía los bellos sanguinolentos!

—¡Linda piel! —dijo la señora con su vocecilla afectada e indiscutible—. ¡Pero la han echado a perder! Ninguno de ustedes tiene buena puntería.

Las manchas oscuras eran en la piel de un castaño tierno, siluetas de flores de terciopelo negro. De las heridas manaba la sangre y corría con la misma inocencia con que fluye un hilo de agua por un lecho de musgo.

El sol del mediodía ponía su luz cruda sobre la tragedia muda de la bestia, cuya congoja era para adentro y no externa.

Yo aventuré: —Vale más acabar de matar ese animal.

Un adolescente, un morenillo que parecía una armoniosa estatua de bronce, se dispuso a darle por la cabeza con la culata de su rifle.

—Una, dos, tres —exclamó gozoso mostrando las dos hileras blancas de sus dientes sanos y parejos.

Cerré los ojos y resonó el golpe seco. No se percibió el menor quejido.

Dieron la señal de partida; palancas y canaletes se pusieron en movimiento.

Abrí los ojos poco a poco... Me encontré con la mirada del tigre, una mirada vidriosa, desamparada. Seguía jadeando con las fauces entreabiertas. El muchacho había errado el golpe.

—Ese animal debe tener sed —dije, para que los que lo rodeaban le dieran agua. Pero no me hicieron caso. Describían los detalles de la cacería.

Fue Eva, la muchacha que iba sentada en la popa, sola y callada, en la que nadie parecía fijarse, quien se apresuró a coger agua en el hueco de su mano para mojar el hocico del animal moribundo.

Fue la primera vez que me di cuenta de esta pequeña existencia junto a la cual había vivido, sin sentirla, una semana.

Durante el resto de la travesía siguió allí al lado de la bestia, dándole de beber.

* * *

Estábamos en la cocina de la casucha del mandador, en torno del fuego. Caía un gran aguacero lleno de rumores misteriosos y amenazadores; era como si nos envolviera una selva tupida de troncos y ramaje fluyente. Por las aberturas de los palos que formaban los muros de la choza, se veía temblar la noche; el oído creía sentir el ímpetu callado y majestuoso del San Carlos abrirse paso allí a unos cuantos metros, a través del matorral salvaje y espeso de la lluvia.

Los cazadores no se cansaban de comentar la aventura de la cacería del tigre, llevada a cabo esa mañana.

A mí me fastidiaba aquella charla sin cesar, sobre un mismo tema.

En el hogar crepitaba la leña y las llamas ponían en derredor una danza de sombras y de claridades. Me quedaba dormitando y la conversación se volvía en mi fantasía una ramazón seca desde el fondo de la cual me miraban los ojos vidriosos del tigre agonizante. O bien los rostros tomaban a través de mis párpados entornados, aspecto de animales. Los de los campesinos me recordaban cabezas de bestezuelas de los bosques: taltuzas, conejillos, ardillas. Los de las gentes urbanas, animales domésticos: perros, gatos o aves de corral.

El del yerno de la señora, por ejemplo, ya cincuentón pero buen mozo todavía, hacía pensar en los gatos de viejas doncellas, alimentados con sopas de leche y ante los cuales ratones y ratas pueden correr impunemente; el de la señora con su pobre aire dominante que nadie tomaba en serio, en los chompipes; y sus gestos y palabras, en el chasquido ensoberbecido del ala de esta ave de patio.

Solo la cabecita de Eva no se desfiguraba en mi imaginación, y me invadió un gran enternecimiento al contemplar la pequeña figura, morena e insignificante, sus ojos silenciosos —pues los hay de mirada bulliciosa—, su suave seriedad y lo humilde todo de su apariencia vestida con tanta pobreza como aseo.

Ocho días llevábamos en la finca, y hasta esa mañana, cuando lo del tigre, no reparaba en ella. Y antes, las sombras de las otras personas parecían haber tenido más vida para mí. Creo que a los otros huéspedes de la señora les pasaba lo mismo.

* * *

Desde la mañana muy temprano los perros ladraban entre la montaña.

—Deben tener encuevado un tespecuinte —dijo Rafael.

La señora propuso ir hacer esta cacería y partió con sus invitados y unos peones. Solo yo no quise acompañarlos y me quedé en casa con Susa y los niños.

Me senté en un taburete, en la cocina, a ver trabajar a las mujeres.

Mientras Eva pasaba la masa o palmeaba entre las manos la tortilla, Susa me refería cosas de su vida: todos estaban con paludismo y debían tener las tripas llenas de anquilostomas y demás fauna intestinal. Los niños eran marchitos y serios como viejos, tenían la pancilla abultada y las piernas endebles. Por lo que decía Susa, la vida era más bien dura para ellos; la única preocupación de la señora en San José, con respecto a su finca de San Carlos, era el engorde de los chanchos y del ganado. La suerte de sus peones no le producía el menor cuidado. Sin embargo, ni los apuros económicos ni las enfermedades parecían inquietar a Susa: hablaba de unos y otras con voz monótona, mientras daba vueltas al manubrio del molino de maíz, como si su modo de vivir fuese el único posible.

¿Y Eva?

Había cumplido sus quince años para la Candelaria. No era hija de Rafael, que con Rafael vivía Susa hacía apenas diez años, la edad de Antonio, el mayor de los niños. Pero la criatura no resultaba una carga para Rafael; era más bien la mano derecha de la casa: lavaba toda la ropa, más la de Felipe, el peón nicaraguense a quienes ellos daban alojamiento; ordeñaba las tres vaquillas y ayudaba en el cuidado de los chanchos, que en ese momento eran doscientos en aquel apartado.

¿Iban a menudo al muelle?

Los chiquillos y Rafael sí; ellas si acaso una vez al año. Eva ni siquiera había salido nunca a Florencia, el caserío vecino más importante. Allí a la orilla del río había nacido y allí llevaba sus quince años.

Entretanto, la niña no chistaba; entregada a su faena, parecía no oírnos.

Ahora yo recordaba que nunca había hablado en mi presencia.

Más tarde, cuando el sol bajó un poco, vi a Eva coger su batea y encaminarse al río. La seguí sin que me viera. Se puso a aporrear la ropa en la balsa que servía de atracadero, a la sombra del añoso sota-caballo del puertecillo. Tenía puesto un pobre sombrerito viejo de paja.

Cuando terminó, se sentó al pie del árbol, los pies entre el agua, a mirar el río. Así permaneció un gran rato y su quietud acabó por confundirse en mis ojos con el correr casi imperceptible del San Carlos. ¿Era el río quien le enseñaba esa manera de caminar sin hacer ruido, su silencio y aquel modo de mirada que evocaba la melancolía de sus ondas acostumbradas a la soledad?

¿Qué venía vibrando, pero con tenue vibración, sobre la fugaz superficie? ¿Era una libélula? ¿El viento entre las finas cañas de la orilla?

No... Era la música de una guitarra que acompañaba el canto de una voz masculina.

Por el recodo aparecieron dos cayucos: remontaban el río por la orilla, uno palanqueado por mujeres, cuyos vestidos de colores chillones ponían una nota alegre sobre la calma de la tarde. Al ver a Eva se pusieron a gritar.

La muchacha se levantó y a mí me pareció que la soledad y el silencio, al contrario de cantos, música, colores y gritos, se habían encogido como las hojas de la adormidera cuando algo extraño las roza, y se habían deslizado al fondo del río.

Me acerqué a Eva.

—Parece que están de fiesta —dije. Me miró sin responder. Entonces agregué—: ¿Usted sabe, Eva, lo que celebran?

Contestó con una voz infantil muy delicada: —Sí, es que van para un rezo donde Juan Canario.

—¿Rezo de qué?

—De San José, como mañana es día de San José.

—¿Un rezo con guitarra?

—Sí.

—¿Dónde es Juan Canario?

—Aquella casa de alto después del Verraco.

—¿Y esos que van allí, quiénes son?

—Allí va la rezadora y van también los músicos, los Quesadas.

—¿Y ustedes no van, Eva?

—No, solo Felipe.

—¿Por qué no van?

—Quién sabe...

—¿Le gustaría ir?

—Quién sabe...

Ya no se veían los cayucos y las risas, los gritos, la música y los colores se alejaban dejando tras de sí una estela de tristeza inefable.

—¿Le gustaría salir de aquí, Eva, conocer Florencia, Villa Quesada, Grecia?

—Yo no sé...

—¿Está contenta de vivir aquí, muchachita?

Me miró con sus ojos muy abiertos, cogió su batea y se alejó sin decir nada.

El silencio y la quietud volvieron a flor de agua y poco a poco se tendieron sobre el paisaje. De los altos árboles de surá de tronco esbelto, liso y claro, pendían largos flecos de musgo gris que a mí se me antojaban girones de viento que a su paso las rachas invernales dejaran allí prendidas.

* * *

La tarde era apacible, sin lluvia, lo cual no es corriente, ni aun en el verano, en esas regiones. El sol se ponía frente a la casa entre celajes amarillos.

Los huéspedes de la señora nos fuimos a ver dar de comer a los cerdos. De pie en el tronco de un árbol derribado, Eva desracimaba bananos y los arrojaba a los voraces animales que hormigueaban y se debatían a sus pies.

Silenciosa y seria, pequeña y menuda. La brisa agitaba levemente su falda oscura que descendía en pliegues sumisos hasta los pies descalzos; la blusita se ajustaba de cualquier modo al pecho recto; el cabello liso peinado en la trenza que caía sobre la espalda curvada en una línea triste.

Bajó de allí a ayudar a servirnos la comida; luego fregó la vajilla, arregló la cocina y por fin se sentó a descansar en una banca a la entrada, los ojos perdidos en el río, en donde la luz de la luna, que iba para su cuarto creciente, ponía un encanto lleno de mansedumbre.

Rafael salió, contempló el cielo y dijo: —Yo creo que mañana no llueve.

El viejecito carpintero que había venido a hacer reparaciones a la casa de la señora, repuso señalando la luna: —¡Hum! Aquella está con el guacalito p'arriba... señas que está lleno de agua...

Todos se fueron yendo a buscar la cama. Yo me quedé en el corredor...

El estribillo melancólico de los cuyeos garateaba la argentada paz de aquella noche; callaban los insectos y las aves acuáticas, y el río se deslizaba sin un murmullo hacia su destino. Al ver el imperceptible movimiento del agua fugaz, yo sentía como si ante mí pasara el silencio con toda su misteriosa majestad.

Cuando me retiré como a las diez, vi a Eva todavía sentada a la entrada de la cocina, con las cabezas de sus hermanitos dormidos, en el regazo.

* * *

La señora dijo con su tono perentorio:

—Susa, me llevo mañana a Eva. Mi hija necesita una china y queremos una muchachita honradita.

¡Aquella odiosa señora cuya riqueza le daba la petulancia que había en el menor de sus gestos y palabras que casi marchaba sobre la gente como sobre terrones; con escudo, pedigrí, pelos en la cara y voz ronqueta; que recorría sus fincas con briches y botas altas; que montaba a caballo sin ayuda y salvaba los pasos difíciles sin permitir que los hombres le diésemos la mano!

Eva la miró sin comprender. Susa se volvió a su hija con sonrisa medrosa y le preguntó: —¿Vos querés, Eva?

—No es cuento de querer o no —replicó la señora—. Se irá conmigo. ¿Y qué más puede querer esta muchacha? —continuó dirigiéndose a nosotros—. Salir de este retiro, hacerse gente, conocer San José y ganar.

Yo repuse con sorna: —Sí, Eva, usted no puede imaginar hacia qué lugar la lleva su destino.

¡San José, el Teatro Nacional, parecido a la Ópera de París; sus damas cursilonas y bien vestidas en el Recreo de los domingos; sus cines con *jazz-band* como en las grandes ciudades; su misa de diez o de doce, también los domingos. No pierda, criatura, la oportunidad de conocer una de las maravillas del mundo moderno.

Rafael dijo servil: —Sí, ¿qué más puede querer Eva? Susa, que ni Grecia conoce. ¡Y así a gusto como irá Eva, qué mamada!

* * *

Esa noche yo no podía dormir. Sentía escalofríos de miedo al oír los chillidos de los murciélagos pendientes en racimos del techo o al sentir pasar entre las sombras su vuelo pegoso.

Muy tarde percibí unos sollozos. Me incorporé y atisé con el oído: venían del rincón en donde dormía la muchachita...

(Tal vez sea bueno explicar que los huéspedes de la señora dormíamos en la misma pieza con la familia del mandador).

Otro día madrugamos. Había que salir muy temprano para librarnos del sol.

A aquella hora el campo palpitaba con timidez, como una mariposa que acaba de abandonar el capullo. El crepúsculo matutino encendía en el agua luminarias rosadas. Ahora el río, al sentir la caricia del día sobre su lomo ondulante, corría con un murmurar plácido.

La flotilla compuesta de dos cayucos y un bote abandonó el puerto. De los canales saltaban gotas como chispas; las riberas crepitaban; por el aire brillante volaban parejas de loras bulliciosas y montaña adentro, las pavas oscuras de copete amarillo armaban sus algarabías.

La señora ordenó a Eva se acomodara con ella en el bote. La muchachita se sentó cerca de la proa. Se notaba que se había puesto su mejor traje: una falda larga de zaraza color chocolate y una blusa de un salmón encendido; en la cabeza, su pobre sombrero de paja y en el regazo, el hatillo de sus trapitos.

Pocas veces en mi vida he visto una figura humana que me conmueva más. Se había hecho un puñito y toda su vida parecía concentrada en sus ojos que miraban con salvaje ansiedad en torno suyo.

Atrás quedaban Susa y los hermanitos agarrados de la falda materna, inmóviles, viendo alejarse a la muchachita. El techo de las hojas de suite de la choza asomaba bajo la sombra grata de los árboles de pan.

Río arriba. Río arriba.

La vegetación monótona de las riberas: caña brava, gamalote, árboles de balsa en torno de los cuales las semillas de peluza dorada hacían pensar en enjambres de abejas volando alrededor del panal; de cuando en cuando el tronco bronceado de esos árboles que evocan el torso desnudo de un indio, y tan acertadamente bautizados por el pueblo con el nombre de *indio pelao*; o la alegría de los altos *cortezas*, florecidos de amarillo en los veranos, maravilla de esas

llanuras en donde se levantan como cúpulas de oro de templos magníficos. En los remansos el relampagueo de las escamas de los bobos, róbalo y guapotes, se confundía con el cabrillar de la luz en el agua. Al acercarse los botes, se levantaban de los playones nubes de mariposas oscuras o blancas, o se veía desaparecer algún lagarto.

* * *

¡Oh!, ¡muchachita esa! Ninguna de las magnificencias de la casa logró apartar su pensamiento de todo aquello juzgado como vulgar o insignificante por la señora y la familia: de Susa y de sus hermanitos; del río San Carlos, tan manso y silencioso en los veranos, y salvaje y mujiente cual un toro en los inviernos; de la casita sombreada por los cuatro árboles de pan; de los rebaños de ganado de Nicaragua que pasan como ventarrones en busca del vado; de las pjaras gruñentes y sucias; de los maizales en donde se arremansa el viento...

Nada pudo hacerle olvidar: ni los magníficos muebles, ni los cortinajes, ni las alfombras, corredores de mosaico, árbol genealógico, escudo, gobiernos auténticos traídos por el abuelo de Europa, estatuas, ídolos orientes, bibliotecas con ejemplares raros, colección de miniaturas, conversaciones trascendentales de arte, ciencia, política europea; platos que, como decía la señora poniendo los labios como un fusil de gallina, no aderezaría mejor una *cordonbleu*; ni San José con su bullicio civilizado de gentes afanadas, tranvías y automóviles; sus parques y retretas, iglesias y ceremonias.

No habían podido vestirla más de acuerdo con la moda ni calzarla. Toda la dialéctica de la señora, todas sus órdenes, se estrellaaban contra el mutismo de la chiquilla.

Daba no sé qué verla por la casa, la cabeza inquieta y alerta, todo el cuerpo contraído en una actitud de desconfianza.

* * *

Habían transcurrido cuatro meses.

Un día al entrar, me dijo la señora: —Venga conmigo, Juan.

Y me llevó muy adentro, a las habitaciones de los criados.

Allí, en una camita limpia y en un cuarto decente, bien distinto de la pieza oscura y sucia donde dormía allá en su casa de San Carlos, estaba acostada Eva. (A la señora no le gustaba que nada desentonara en su casa de San José, y era una de las cosas por las cuales creía haberse ganado su palco de platea en la gloria de Dios esta de tener bien alojados a los criados que le servían en su casa de la capital).

Estaba la muchachita vestida con aquella falda de color chocolate y su blusa salmón, prendas bien conocidas para mí y ya muy desteñidas a fuerza del uso y de las lavadas. A su lado, sobre la cama, su pobre sombrerito de paja y su hatillo de ropa. Nunca la señora había conseguido que guardara esas cosas; había de tenerlas siempre a la vista, a pesar de lo feas que se veían. ¡Hay gentes que no entienden!

Tenía el rostro de un pálido verdoso, hundido en los pómulos y se notaba en todo el cuerpo una lasitud infinita.

Cuando entramos no abrió los ojos ni se movió.

La llamé: —¡Eva, muchachita!

No contestó. Le temblaron los párpados y dos lágrimas se le echaron a rodar por las mejillas.

—¿Quiere volver a San Carlos, muchachita, donde Susa, donde sus hermanitos y ver el río?

Entreabrió los ojos y me miró llena de esperanza. No conseguimos otra cosa. Hablé con el médico, un viejecillo inteligente. Le expliqué la vida de la chiquilla y aconsejó la volvieran a su tierra.

Y así hicieron.

Rafael vino por ella. Una mañana la vi salir tras él, con su falda larga y plegada color chocolate, su blusa salmón, la cabeza protegida por el inseparable sombrero de paja, roto y ajado... Llevaba al cuadril sus haberes en un motetillo. Marchaba tras su padrastro con paso rápido, sin acordarse de su debilidad física. La orilla de la

falda se le metía entre los talones al caminar, con un movimiento de inocencia y de pobreza que me conmovió.

Dobló la esquina y yo pensé que probablemente no la volvería a ver en toda mi vida.

La señora me contó después, los labios contraídos por el desdén, que se había marchado sin decir adiós a nadie de la casa. La criada que nos servía el té en ese momento —una campesina metida a señorita, con largos años de servicio en tan aristocrática morada— comentó: —¡Es de lo más patillo que hay!

La señora añadió: —¡Esas gentes son como animales, y mal agradecidas! —luego hizo un gesto como si apartara una boronilla imaginaria, y se puso a hablar de otros asuntos, asuntos trascendentales, es claro, mientras se llevaba a los labios la coqueta taza japonesa: de su reciente viaje a Europa el año anterior, de su visita al Santo Padre y de aquellos angelotes que sostienen las pilas de agua bendita en la Iglesia de San Pedro en Roma; de su último magnífico negocio: la venta de sus tierras de la bahía de Salinas a los yanquis.

1927